

Primer Plano

M.R.

EDITORIAL
Portada

EDICION ESPECIAL

EXIJA GRATIS

FOTO DE REGALO



RECORDANDO A ALESSANDRI



TESTIMONIO
DE
ALESSANDRI

Ejemplo para Nuestra Historia

Entrevista: Jaime Guzmán

Primer Plano reproduce a continuación la última conferencia dictada por el ex Presidente de la República don Jorge Alessandri Rodríguez ante dirigentes de la Unión Demócrata Independiente (UDI), en enero de 1984.

En dicha ocasión el ex Mandatario dio un testimonio de su experiencia política, refiriéndose a diversos aspectos de la vida cívica del país, desde el gobierno de su padre hasta la actual administración. El ex Jefe del Estado sorprendió a los asistentes por su claridad y franqueza para abordar los problemas nacionales. Su original visión de la historia política de Chile y su sor-

prendente sentido de humor. Sin embargo, cuatro días después, don Jorge Alessandri sufrió un derrame cerebral que marcó el inicio de un proceso de deterioro de su salud que terminó el pasado 31 de agosto con su triste fallecimiento. Esta conferencia se ha convertido, por lo tanto, en el último testimonio público de uno de los hombres más sobresalientes de nuestra historia. Los organizadores de este encuentro han autorizado su divulgación, sin otras exclusiones que ciertos conceptos sobre los cuales el señor Alessandri pidió expresamente que se mantuviera la privacidad.

J.G. Yo deseo en primer lugar agradecer a don Jorge la gentileza de haber concurrido aquí, y manifestarle a Uds. que de acuerdo a lo conversado con quienes solicitaron esta reunión elaboramos un pequeño cuestionario de los temas de mayor interés para los presentes. Yo quisiera, don Jorge, por el interés de los temas, comenzar con uno de naturaleza histórica, para tener un testimonio suyo sobre el legado principal que usted le atribuye a la obra de su padre mirada con perspectiva.

J.A.R. Cuando fue elegido Senador en el norte, en su campaña, se preocupó fundamentalmente de un problema muy grave que se había venido observando en el país: el de las huelgas en las grandes actividades económicas de Chile. Las huelgas salitreras, en circunstancias que el presupuesto era financiado en su mayor parte por el salitre, huelgas casi permanentes en el carbón y huelgas que duraban meses y meses en Punta Arenas, donde estaba la industria de la lana. Mi padre era incuestionablemente un hombre que tenía intuiciones extraordinarias. El sostuvo que no era posible mantener este sistema que era necesario legislar en materia social, estableciendo tribunales de arbitraje obligatorio. Propició además que participaran en la Administración Política del país la gente de la clase media y los trabajadores. Esto dio lugar a la más violenta campaña electoral que yo haya conocido en Chile. En consecuencia mi padre por primera vez planteó a fondo el problema social, pero, analizando sus discursos, se ve que la idea de él, que era abogado y muy apegado a la ley, era establecer el arbitraje obligatorio. Pero la ley que se estudió para resolver estos problemas desgraciadamente no contempló esa fórmula.

LAS HUELGAS

Por ese tiempo, en el Tratado de Versalles se estableció por primera vez la creación de una comisión que estudiaría los problemas sociales y propondría fórmulas para abordarlos en los distintos países. Este Tratado, cuando se trata de materias sociales, debe estar siempre presente, porque marca el inicio de la política social. Ahí se elaboró un modelo, para resolver los conflictos entre los trabajadores y los patrones. Mi padre le encomendó el estudio del Código del Trabajo a Moisés Poblete Troncoso. Pero fue una mala elección, porque si bien era un hombre estudioso, y serio, no tenía una visión clara de los problemas y sólo se limitó a copiar las disposiciones de la Comisión del Trabajo de Ginebra, que estaba presidida por un líder socialista francés. Ahí se consideró la presentación de los pliegos de peticiones, lo que estaba muy bien cuando las partes llegaban a ponerse de acuerdo, pero si esto no ocurría venía la

huelga. Yo creo que para quien estudie con seriedad este problema, la huelga es un daño para la sociedad entera, porque en un conflicto laboral no hay dos partes, sino que tres. Las dos partes en litigio —el empleador y los trabajadores—, y un tercero que vale más que ambos, que es la comunidad. En consecuencia debe tratar de evitarse las huelgas y por eso deben establecerse tribunales arbitrales permanentes con representantes de las tres partes en conflicto. La tercera, que es la principal, debe estar representada lógicamente por un experto en problemas económicos, nombrado por el Estado. En consecuencia yo propuse sobre esta materia en el Consejo de Estado que se establecieran tribunales permanentes de arbitraje, sacados de ternas, presentadas por



Alessandri en amena conversación con una ilustre visita: el Presidente Eisenhower.

los trabajadores, por los empresarios y por el Ministerio de Economía que ampararan los derechos de la colectividad. Desgraciadamente este Gobierno no aceptó esta proposición. Lógicamente yo proponía que la huelga se mantuviera, pero sólo para actividades cuya paralización no perjudicara al país. Si se paraliza la industria del cobre, sus consecuencias son graves para el presupuesto de divisas y para el presupuesto nacional. En consecuencia, no sólo se verían afectadas las partes en conflicto, sino que toda la colectividad. Para esos casos el arbitraje debe ser obligatorio. Pero fue mi padre quien abordó por primera vez en Chile este problema. Antes, un grupo encabe-

zado por Juan Enrique Concha Suberca-seaux, a propósito de la Encíclica Rerum Novarum, había empezado a preocuparse de la situación de los obreros; construyó poblaciones obreras de su propio peculio. Desgraciadamente, dictar leyes de acuerdo con las Encíclicas es un disparate. Yo me he ajustado, como empleador y como gobernante, estrictamente a los dictados de las Encíclicas, pero no he pretendido nunca dictar leyes de acuerdo con ellas. Un empleador pudiente puede pagar mucho mejor a sus trabajadores que uno que es pobre. ¿Cómo se puede legislar sobre las conciencias? Es eso lo que censuro, que se pretenda legislar en materias de conciencia.

ALESSANDRI CUENTA SU VIDA

J.G. Quisiera abordar don Jorge el tema de su persona. Ud. ha manifestado muchas veces su reticencia a la vida política y, sin embargo, ha sido diputado, senador y dos veces candidato a la Presidencia de la República. ¿Qué lo ha movido a aceptar estas responsabilidades, no obstante que su carácter y sus deseos han sido contrarios a la actuación pública?

J.A.R. La vida política de mi padre me ha acarreado serias dificultades a través de toda mi vida. Yo aprendí a leer y a escribir junto con mi hermano Arturo. Estuvimos en el colegio en el kindergarten, en las preparatorias del Instituto Nacional juntos. Pero cuando llegó el momento de pasar al primer año mi padre me dijo que debía repetir la segunda preparatoria, no obstante había sacado tres coloradas, porque él no quería rivalidades entre sus hijos. Partía de la base que sus hijos debían ser los primeros de la clase como había sido él, y que dos en el mismo curso iban a ser un motivo de conflicto permanente. Eramos tan compañeros los de la primera preparatoria como de la segunda. Cuando repetí la segunda preparatoria, yo no tuve ningún conflicto, porque estaba con amigos. Pero cuando pasé al primer año (humanidades), la vida para mí fue insoportable. Fue el año de la campaña de don Pedro Montt con don Fernando Lazcano. La inmensa mayoría del país era partidaria de don Pedro Montt, que había sido candidato derrotado en la elección anterior, y don Fernando Lazcano contaba, con poca gente, lo apoyaba el Partido Conservador y el Partido Liberal, pero el Partido Conservador se había dividido y un grupo numeroso apoyó a don Pedro Montt. Don Fernando Lazcano perdió la elección. Mi padre, que era uno de los portaestandartes de la candidatura de don Fernando Lazcano, era atacado violentamente por los monttinos. Esto se reprodujo en el Instituto y yo fui la víctima de mis compañeros que repetían horrores de mi padre. Me hicieron sufrir mucho, pero despertaron

en mí el anhelo de saber si eran ciertas cosas que decían y que ignoraba y que tenía la seguridad de que eran falsas. Eso me indujo, desde cuando yo tenía once años, a leer toda la prensa, las revistas, y buscar opiniones para formarme una impresión personal.

Mi niñez fue muy triste. Siempre se decía que Arturo era malo para las matemáticas, y que yo era bueno para todo, incluso para las matemáticas. Entonces resolvieron que yo debía ser ingeniero y como era un ser sumiso, estudié ingeniería. Pero esto me significó trabajar desde las 8 de la mañana hasta las 8 de la noche en la Escuela de Ingeniería y mi situación económica fue la misma que cuando era estudiante del Instituto (risas). Ustedes se ríen pero no, la cosa no es graciosa. La falta absoluta de dinero y los estudios sumamente pesados me convirtieron —yo tenía inclinación, pero me hicieron aún más— en un ser aislado. En la Universidad tuve todos los honores que puede tener un estudiante y me nombraron profesor del ramo más importante. Debía aceptarlo porque no había nadie que lo quisiera hacer. Yo lo hice renegando. Era un honor muy grande, me dijeron mis hermanos, el rector de la universidad, mi padre, el decano, y entre todos me hicieron aceptar. Sin embargo, fue obra de la Providencia que ha sido muy benévola conmigo, porque al poco tiempo mi padre fue elegido Presidente de la República. En ese tiempo todo el quehacer de un ingeniero giraba alrededor del gobierno.

CANDIDATO A LA FUERZA

Me eligieron diputado independiente, una cosa que comenzó como una chacota de Guillermo del Pedregal. Para ser diputado independiente, bastaba que ciento cincuenta personas firmaran, en una notaría cualquiera, una presentación para que cualquier persona fuera candidato. Gente de bastante importancia firmó la mía, pero me negué a aceptar.

Guillermo del Pedregal cesó en su actividad, según me contó después. Pero algunos políticos liberales le pidieron que hiciera la presentación, aunque pensaban inscribirme como candidato del Partido Liberal si les daban un lugar en la lista de los partidos. Quedé nombrado candidato independiente por Santiago, a fines del año 1925. Fui un mal candidato, me llevaron a una concentración donde habría treinta personas, en la comuna de Ñuñoa. Había una carpa de circo, y parece que no funcioné bien porque no me volvieron a invitar más a ninguna presentación. Pero como había un gran malestar en el país, por la arbitrariedad de los partidos de juntarse para evitar las elecciones, se produjo una reacción —en parte también por la situación de mi padre— y yo saqué votos para tres diputados y medio,

aunque iba solo en la lista. Esto cayó mal en los partidos políticos y empezaron a atacarme. Para mí las primeras idas a la Cámara eran muy desagradables. Para los conservadores y liberales todo lo que fuera Alessandri era un trapo rojo. Los radicales, por su parte, estaban enojados con mi padre porque no los llevó al Ministerio. Bueno, yo empecé a asistir a todas las comisiones y se dieron cuenta que no era sólo el hijo de su papá, sino que era un hombre que tenía mucho espíritu de trabajo. Como me pagaban dos mil pesos, sentía la obligación de trabajar. El hecho es que me convertí en un líder, dentro del Congreso. En general, los diputados aprobaban o rechazaban un anteproyecto por razones políticas.

En cierta ocasión don Maximiliano Ibáñez, Ministro del Interior, presentó una ley rebajando todos los sueldos públicos, con el carácter de permanente, haciendo trizas la administración pública y especialmente la Educación. Yo hablé al final, pero no me limité a criticar, sino que presenté un proyecto en sustitución del proyecto del Ministro del Interior. Dije que los parlamentarios debían ser constructivos y no destructivos, que si había algo malo, tenían el deber y la obligación de presentar una alternativa. Conclusión: se clausuró el debate y Gumucio puso en votación el proyecto. Obtuvo una mayoría abrumadora y el Ministro se mandó a cambiar de la sala. Quedé convertido en un líder.

Las consecuencias las pagué muy caras. Un tiempo después el general Ibáñez obligó a renunciar al Ministro del Interior. Este había arrancado una ley de facultades extraordinarias, violando abiertamente la Constitución. Yo me opuse en la Cámara de Diputados diciéndole al Ministro que estaba utilizando su prestigio para promulgar una ley inconstitucional y que él iba a ser la primera víctima. Sucedió al pie de la letra: recién dictada la ley sacaron al Ministro e Ibáñez exigió el Ministerio del Interior. Don Emiliano se lo dio. Pero apenas Ibáñez asumió el Ministerio apesó al Presidente de la Corte Suprema, que era don Javier Angel Figueroa, hermano de don Emiliano, Presidente de la República. Luego deportó a los más brillantes diputados de la Cámara. Yo me libré porque estaba en Viña del Mar. Me vine a Santiago, para que se hiciera una sesión del Congreso, para protestar de la violación de la Constitución y de este atropello contra el Congreso. Me encontré con dos radicales, uno en el tren y otro en el Congreso, y los dos, me confidenciaron que ellos se habían puesto de acuerdo con Ibáñez a través de Juan Antonio Ríos, y que preferían el gobierno de Ibáñez al gobierno retardatario de don Emiliano Figueroa. Después me tomaron preso intentando deportarme, los alumnos se movían y me dejaban libre. Finalmente me arrestaron con todos mis hermanos. Estuve ocho días preso, me quitaron la clase universitaria y por últi-



mo me deportaron. Yo no luché, me entregué y salí del país. Recuerdo que en una rueda de presos nos hacían los cargos. A mí me dijeron que me arrestaban por ser alessandrista. Les contesté "alessandrista, sin responsabilidad mía, pero alessandrista muy independiente". Felizmente, una media hora antes de entrar a las celdas, los alumnos y Arturo Matte consiguieron que me liberaran. Antes habían salido mis hermanos y cuñados, también presos, inclusive el mozo. Pasé tres años en el extranjero, volví muy enfermo, sin verme con nadie, porque nadie se acercaba a mí en la calle. Se pasaban a la otra vereda, para no saludarme siquiera. Y a los tres meses me deportaron de nuevo. Estaba en Buenos Aires hacia cuatro meses cuando cayó Ibáñez y pude regresar al país. Todo esto, lógicamente, no contribuía sino a hacer más firme en mí el deseo de no figurar en la política y de estar constantemente en mi familia abogando porque no nos metiéramos más en política porque ya habíamos sufrido mucho, sobre todo mi madre, que se enfermó y murió muy joven. Así es que esas son las razones por las cuales yo era siempre enemigo de que mi padre volviera a la Presidencia, enemigo de las candidaturas de mis hermanos. Me hicieron candidato a senador 25 días antes de la elección, diciéndome que prestara

mi nombre, y yo me negué terminantemente hasta que me acusaron de ser un gran egoísta, porque un hombre al que se le pide que preste su nombre no podía negarse. Y por último tanto me insistieron que terminé por decirles "hagan lo que quieran". Me aseguraron que no me costaría un peso la candidatura. Después cuando ya era senador y pedí que me cumplieran la promesa, me dijeron: "Usted tiene bastante experiencia para saber que estas son promesas que no se cumplen...". Yo no sé cómo se las ingenió Arturo Matte, pero el hecho es que obtuvo los recursos. En veinte días de campaña —no alcancé a recorrer toda la provincia— en la lista que iba, saqué una votación abrumadora.

En ese momento quedé prácticamente ungido candidato a la Presidencia de la República. Así es como he actuado en política. A usted, Jaime, le tocó presenciar cómo me resistí a una segunda candidatura. Hasta recurrí a mis médicos para que me dieran un certificado de que mi salud no me permitía postular. Si yo he tenido crisis depresivas muy grandes, así es que he tenido razones más que suficientes para negarme.

RAZONES DE SU POPULARIDAD

J. G. Don Jorge, yendo a otro aspecto, es un hecho que durante su gobierno la popularidad personal suya fue creciendo, y que ella terminó en un nivel extraordinario, a diferencia de casi todos los gobernantes. Sin embargo, hay un hecho que muchos no se explican: por qué esta creciente popularidad suya no se transmitió a los partidos que lo acompañaban, y no tuvo usted un sucesor de su misma tendencia, sino que debió presidir en 1964 una elección presidencial para sucederlo en que las únicas alternativas fueron sus dos enconados adversarios, como eran don Eduardo Frei y don Salvador Allende.

J.A.R. Es algo perfectamente explicable, y de lo cual son responsables los dirigentes de los partidos políticos que me acompañaron en el gobierno. Todo el mundo sabía, porque yo había estado muchos años en La Moneda, porque yo como Ministro era un domador de fieras con una huasca en una mano y con un revólver en la otra, cosa que hecho de menos en los tiempos actuales. Yo a mis Ministros les decía simplemente no estoy de acuerdo con ustedes, pero en fin, cada uno tiene su manera de "apiarse", como dicen los huasos. Yo no entiendo esto de estar con tantas consideraciones. Como Presidente de la República seguí haciendo mi vida ordinaria y aplicando a mi trabajo como Presidente las mismas normas que había aplicado como jefe de servicio público, como Ministro de Hacienda y como jefe de empresa privada. De una absoluta imparcialidad política. Y en materia de nombramientos, nombrando al que correspondía.



Entonces cuando los partidos me pedían ciertos nombramientos, como desde luego no tenía ningún compromiso con nadie —porque nunca imaginé que podría ser Presidente de la República—, les dije a los partidos: "Miren, distribuyanse las intenciones y gobernaciones como ustedes quieran, porque no conozco a nadie, y no sabría a quién proponer. Lo único que pido es que sea gente honesta y gente de buena reputación". Me reservo el nombramiento del gobernador de Arica, del intendente de Santiago, del intendente de Concepción, del gobernador o el intendente de Iquique, en donde me inclino por un militar, por razones de interés público. Son regiones limítrofes y también regiones conflictivas como Concepción y Santiago, donde vivo yo. Pero entonces se peleaban horriblemente, no me dejaban vivir, porque no lograban ponerse de acuerdo en nada, en nada, en nada.

Fue para mí una cosa horrenda, porque yo pasé tres meses, desde las diez de la mañana hasta las diez de la noche —almorzaba y comía en La Moneda— con toda esta gente que se peleaba por los puestos, sin que pudieran ponerse de acuerdo. Cuando se trataba de cualquier nombramiento, o volvía a surgir de nuevo la misma pelea, o me proponían candidatos que yo consideraba absolutamente inconvenientes, y eso provocaba entonces grandes protestas. Luego los diarios de oposición, para crearme dificultades decían: "Este acuerdo de la sala de los diputados liberales se debe a que Alessandri no les hace caso en el nombramiento de fulano de tal". En consecuencia, ante la opinión pública, yo resultaba un coloso.

Muchas veces me dijeron que estaba pasando un fenómeno muy curioso, porque mi imagen seguía creciendo ante la opinión pública, pero que esto no rebalsaba nada a los partidos que me apoyaban. Yo entonces les contestaba: "Hagan lo mismo que hago yo; son ustedes los que me están en-

cumbrando. Ustedes saben que si tengo mis normas fijas, no es en beneficio mío, sino que en beneficio del país, de manera que no me hagan estas exigencias ni me planteen estos problemas porque se aprovecha la prensa de oposición para hacer lo que ustedes están representándome".

Y así fue como me encumbré. Lógicamente que me encumbra sólo yo, sin que nada de esto beneficiara a los partidos que me apoyaban, los cuales aparecían ante la opinión pública, en lucha con el Presidente, mientras que la oposición decía que Alessandri no toma en cuenta para nada los partidos y hace lo que se le ocurre.

J.G. En la elección de su sucesor, ¿cree usted que influyó esta situación? ¿Cómo superó usted estas dificultades?

J.A.R. No. Frei era un hombre muy dócil con su partido. Yo fui presidente de la confederación durante 16 años y vivía en el Parlamento. Conocía a todos los diputados y senadores, conocía a todos los dirigentes de los gobiernos, dado que los gobiernos radicales y de Ibáñez nombraban a comisiones tripartitas, de trabajadores, representantes fiscales y representantes de los empleadores, en las que siempre estuve; hablaba con los senadores y diputados a propósito de cualquier proyecto, en forma reservada y no pública como lo hacen ahora. Conocía a todos los representantes de los trabajadores, pero nunca aparecía porque si digo en el diario que me opongo a tal cosa, se afirman los izquierdistas y no aflojan nada, mientras que si uno buenamente explica... las cosas se arreglan. Así tuve siempre éxito y no me pasaron nunca un gol cuando yo fui presidente de la Confederación, nunca.

SU PENSAMIENTO ECONOMICO

J.G. Quería plantearle, Don Jorge, en general, en materia de doctrina económica, ¿cuál es el papel que usted le asigna a la iniciativa privada, y cuál es el papel que le asigna al Estado, dentro de la actividad económica?

J.A.R. Yo no he asumido ninguna doctrina económica de las que se conocen en el mundo. Soy partidario que se haga lo mejor en cada caso, de acuerdo con la situación nuestra. Creo que los hombres vienen dotados de condiciones especiales. Hay unos que vienen con aptitudes en materia literaria, otros en pintura, otros en escultura, son muchos los que intentan sobresalir en estas actividades pero son muy pocos los que logran alcanzar situaciones destacadas. Desgraciadamente, cuando se trata de la economía todos se creen igualmente dotados, y esto no es cierto. Hay algunas personas que tienen verdaderas intuiciones en materia económica, que tienen facilidades extraordinarias, que tienen espíritu de iniciativa, inventiva. Y pretender impedir

que estas personas desarrollen sus aptitudes naturales es hacerle un daño a la colectividad. En consecuencia, yo creo que al Estado le corresponde un papel fundamental en la economía, orientarla y enseguida evitar que en las actividades económicas particulares se abuse. Por eso sostengo que el Estado no debe renunciar jamás a las facultades que le corresponden como algo imperioso en nombre de la comunidad. No obstante que esto lo he dicho a través de toda su vida y que fui el primero que lo dije en público a propósito del gobierno actual, el Arzobispo de Concepción ha dicho que soy del tiempo "del laissez faire, laissez passer", lo que revela que no hay ninguna preocupación hoy día en la Iglesia por tratar de encontrar soluciones que apaciguen los ánimos y que sean beneficiosas para el país. En estas condiciones, si uno procede con este criterio no se puede equivocar. La fijación de precios, por ejemplo, se presta para toda clase de abusos, para que se convierta en un escándalo y prosperen los sistemas administrativos. Pero en cambio si existe un arancel aduanero adecuado, las cosas siguen su curso natural.

CARLOS CACERES

J.G. Hace muy poco usted manifestó su público respaldo hacia el Ministro Cáceres. Creo que sería interesante saber si usted extiende de algún modo este respaldo a los llamados mandos medios, o "Chicago Boys"

J.A.R. Yo encuentro que en política generalmente los temas que se discuten se falsifican. Las razones últimas que determinan las actitudes de los políticos y de los periodistas, o de gente independiente, no se mencionan en público. Todas las actitudes se revisten de un carácter de bien público, pero en el fondo lo que se está discutiendo últimamente en Chile se ha producido por una crisis mundial, agravada aquí, por haber derogado leyes que yo, como Presidente de la República, con la experiencia que había adquirido como director de banco y de empresas, noté que había una serie de actividades, que siendo legales, porque no estaban prohibidas, no se traducían en beneficios para el país. Votaba en contra de ellas, en medio de la desolación de mis compañeros de directorio y cuando fui Presidente de la República dicté una serie de medidas, precisamente para que no ocurriera nada de lo que actualmente ha ocurrido. Yo dicté una ley que prohibía a los bancos tener acciones de sociedades anónimas. Dicté la ley que limitaba las acciones que un banco podía tener en cualquier actividad económica. La Ley de Fondos Mutuos se dictó en mi tiempo, por petición de organismos de créditos para formar el mercado de capitales. Cuando me llevaron el proyecto de ley eran seis artículos y yo puse el número siete:

"Las acciones pertenecientes a los Fondos Mutuos no podrán votar en las elecciones de directorio" porque —dije— en caso contrario va a haber grupos que se van a apoderar de las empresas o que van a formar fondos mutuos y con la plata que reciben para que dé intereses o participación, con estos fondos, van a empezar a comprar acciones de sociedades anónimas, y en buenas cuentas se van a formar grandes conglomerados que van a ser dueños de todas las más importantes sociedades del país. Por eso agregué ese artículo. Pero en el gobierno de Frei, a petición de las altas finanzas, se descubrió o se planteó un procedimiento que hizo inaplicable el artículo que se refiere a

no este gobierno, derogó la ley y la cosa tomó vuelo...

Como consecuencia de esto, la gente o muchos grupos se endeudaron, no como personas sino que hasta como países y lo que quieren en este momento va a significar una inflación feroz. Creo que si sumamos a la cesantía una inflación tremenda, nos decapitan a todos. Se produce un trastorno social que acaba con todos los... imparciales.

Si se sabe que se ha ido Cáceres (entonces, Ministro de Hacienda), y que vendrá otro que empezará a hacer funcionar la maquineta de billetes aunque no tenga esa intención, el público lo estimará que es así y



los Fondos Mutuos. Y, respecto de lo otro, no hubo ocasión porque yo puse un plazo de diez años para que se deshicieran de las acciones para no crear ninguna dificultad en la Bolsa de Comercio. Pero el gobierno de Pinochet, que empezó a abolir toda acción del Estado en la Economía, derogó estas leyes. Es así como estos conglomerados se empezaron a formar durante el gobierno de Frei, se mantuvieron en el gobierno de Allende —que no entendía nada de estas cosas, ni de nada... yo era amigo de él, así es que no estoy hablando por enemistad; fui amigo de su familia y tuvo consideraciones conmigo, así que no hay razón política ninguna, sino que efectivamente era un charlatán y nada más, no sabía nada de ninguna cosa, todo se lo daban hecho—, después vi-

todo el que tenga depósitos en los bancos los va a sacar y va a comprar dólares y, tendremos un cataclismo.

Por eso yo soy partidario de los que quieren con moderación, paso a paso, ir resolviendo el problema tremendo que estamos viviendo. Lo demás, a mi juicio, es una locura. Por lo cual debe manejar este problema un hombre que no tenga ninguna clase de intereses comprometidos, y ese es Cáceres. He conocido mucho a Cáceres, pero jamás imaginé que fuese un hombre de tanto carácter, tan bondadoso, tan serio, que se expresase tan bien. Uds. ven que en estos días han venido una cantidad de señores de los más altamente colocados en el mundo de las finanzas y que todos han expresado conceptos muy enaltecidos de la polí-

tica económica que se está siguiendo en Chile, no obstante de que ha habido publicaciones que anticipaban que esos mismos personeros habían dicho de que Chile no era un país confiable. Así que ese es el motivo por el cual para mí Cáceres ha sido una revelación. Cuando lo nombraron presidente del Banco Central, dije yo, cómo es esto, de dónde sale esto tan inesperado, porque lo había visto en el Consejo de Estado, y además lo conocía mucho en Valparaíso.

Considero una suerte para Chile que se haya encontrado en estos momentos un hombre como él; por eso es que lo defiendo. Los que quieren botar a Cáceres es porque quieren que haya emisión. Así se corre el riesgo que se produzca un trastorno social, no obstante que toda la oposición en este momento está hablando de la necesidad de acelerar el proceso, sin darse cuenta de que están cometiendo una locura.

LOS CHICAGO BOYS

J.G. ¿Respecto a los mandos medios, Don Jorge?

J.A.R. Ah, respecto a los mandos medios, bueno, he sido Ministro de Hacienda y he sido Presidente de la República; he sido presidente de la Confederación de la Producción y el Comercio durante 16 años. A través de una muy larga etapa he tenido un contacto directo con los mandos medios, y encuentro que los Chicago boys necesitaban un jefe con experiencia. No lo tuvieron. Pero los funcionarios que tienen destacados en el campo económico son de primer orden. Costabal, es un funcionario de alta categoría. Cuando yo era Ministro de Hacienda e incluso cuando era Presidente de la república, los cálculos del presupuesto los tenía que hacer yo, personalmente. En cambio, en este gobierno, veo que en uno o en dos días anticipan los resultados de cualquier medida que pueda adoptarse. En consecuencia, los gobernantes están sabiendo lo que va a ocurrir gracias a la capacidad del jefe del presupuesto. El niño Larraín es evidentemente un funcionario de lujo, y el otro joven Errázuriz, del Banco Central, muy superior a todo lo que hemos tenido. En consecuencia, yo encuentro que sería una torpeza monumental, un crimen para el país, que haya personas de tanta competencia que están desempeñando estos cargos y que por haber sido partidarios de los Chicago boys, o que estuvieron cerca de De Castro, deban salir.

CONSEJO A LA UDI: "CONTINUEN EN LA MISMA POSICIÓN EN QUE ESTAN"

J.G. No quiero abusar más de la paciencia de Don Jorge, y de su tiempo. Así es que



quisiera hacerle una última pregunta y es algo que quizás nos toca más personalmente. Los que estamos aquí, Don Jorge, en general, somos todos miembros de una generación joven, que ha colaborado con el actual Gobierno y que, fruto de ello, somos víctimas de muchos ataques. Lo que quisiera —y creo que en eso interpreto el sentimiento de muchos— es ¿qué consejo nos daría usted respecto de la actitud a adoptar frente a estos ataques, por una parte, y frente al gobierno hacia adelante, por otra parte?

J.A.R. Yo encuentro que los ataques son las más grandes de las injusticias, y para mí tienen una sola explicación, y es que los partidos políticos están ansiosos por llegar al gobierno para obtener puestos públicos para sus correligionarios, y como hay muchos de ustedes que tienen puestos públicos, lógicamente quieren justificar la posibilidad de echarlos de esos puestos para reemplazarlos por gente de ellos. Nadie les puede negar la capacidad que tiene el movimiento que ustedes encabezan. Y que hayan colaborado con este gobierno... yo también he colaborado con todos los gobiernos en todo lo que he podido. Frei me acusaba de no tener ideales políticos porque yo había colaborado con todos los gobiernos, salvo con el de él, porque es el único que no me llamó a colaborar. El propio Allende me llamó muchas veces para pedirme opiniones. Yo creo que colaborar desinteresadamente a un gobierno es una obligación de todos los ciudadanos, así como darles paso y cabida a los más capaces.

J.G. Respecto de nuestra posición frente al gobierno hacia adelante ¿usted es partidario de que lo sigamos respaldando?

J.A.R. Yo creo que lisa y llanamente, como todo ciudadano debe hacerlo, ustedes deben seguir aprobando lo bueno y censurando lo malo. Yo creo que en materia de libertades públicas se les ha pasado la mano, porque ahora ya estamos casi como en el periodo de Allende, en que matan a destajo, y en que se cometen toda clase de abusos a nombre de las libertades públicas. En consecuencia, yo, en el caso de ustedes, seguiría en la misma posición en que han estado siempre. No lo he visto nunca en una posición contraria a la democracia. Yo en conciencia, lo único que que les podría decir es que continúen en la misma posición en que están colaborando pero no embarcándose en aventuras que sean de las que se clasifican como antidemocráticas. Yo consideraba que estaba colaborando al gobierno cuando presenté aquel proyecto en contra del Ministro del Interior, pero no me limité a hacer un discurso apocalíptico. Dije por qué me parecía malo el proyecto, pero que proponía otra solución. Es obligación darle soluciones a los gobiernos.

J.G. Yo quiero agradecerle a nombre de todos los presentes su presencia en esta casa. Sus palabras que para nosotros han sido extraordinariamente interesantes, en todo sentido, como aproximación en la historia de Chile, como testimonio de alguien que es parte de esa historia y como analista del momento actual y de una opinión independiente que para nosotros es una guía insuperable en la materia. Por eso que junto con agradecerle, deseo manifestarle que en estas sencillas palabras de despedida está todo nuestro cariño y nuestro homenaje. *(aplausos)*